
OBITO DEL DR. MANUEL MARTINEZ BAEZ (1894-1987) UN HOMBRE EJEMPLAR

ENRIQUE BELTRÁN

Director del Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables, A.C.

Con la reciente muerte del Dr. Manuel Martínez Báez, una amistad estrecha y sincera, iniciada hace medio siglo, llega a su fin, dejando un vacío difícil de llenar.

Pensé de inmediato en rendir un merecido homenaje a quien conocí desde los años treinta, pero cuyo nombre me era ya familiar entonces, no sólo por sus méritos en la investigación científica y su brillante desempeño en el campo de la salud pública, sino porque desde un lustro antes cultivaba cordiales relaciones que hasta la fecha subsisten, con su hermano Antonio, abogado de gran prestigio y brillante maestro universitario, hoy Senador de la República por Michoacán.

Me disponía a pasar mis ideas al papel, cuando en la correspondencia del día encontré una carta enviada por el Biól. Luis Ortíz Arias, con residencia en Uruapan, Mich., cuya lectura me conmovió profundamente y que a continuación transcribo.

Uruapan, Mich. 9-II-1987

Dr. Enrique Beltrán:

Estimado Maestro: muy probablemente le cause sorpresa el recibir una carta de un admirador de su obra y personalidad, al que ni siquiera recuerde o conozca; soy egresado de la Escuela de Biología de la Universidad Michoacana y miembro de la generación que lleva su nombre.

Me dirijo a usted después de haber releído sus Memorias, y en virtud del sentido fallecimiento del ilustre Dr. Manuel Martínez Báez. La admiración que siento por este hombre me ha hecho releer parte de su obra, así como de recordar otras lecturas sobre la personalidad de este nicolaíta; y porque sé de su admiración al Dr. Martínez Báez y su cariño por la Universidad Michoacana, me he permitido transcribir para usted el bosquejo que sobre la personalidad de este hombre hace el escritor Alfredo Maillfert en su Ancla en el Tiempo:

"Es médico... Pero estos libros que lleva ahora bajo el brazo, uno -el librito gris- es "Castilla, de Azorín; el otro -un breve volumen de cubierta blanca- "La Jeune Parque", de Paul Valery.

"Cuándo volveremos a encontrar otro ejemplar de estos libros, acá en la tranquila y soñolienta ciudad, en que no hay mas que dos pequeñas librerías? En qué vieja casona de estas, y dentro de cuántos años se podrá leer otro ejemplar de la plaquette de Valery, editada apenas éste mismo año en París?

"Ir deprisa (vedle ahora cruzar por este Jardín de San Juan de Dios), es una de las características del doctor Manuel Martínez Báez. En esta quieta ciudad, de cielo tan azul y de ensimismadas casonas de cantera blanca, todo es lento. Hasta el reloj de la catedral -la vetusta catedral- parece poner mas calma en ir desgranando el interminable rosario de las horas. Y a Manuel, que es lector de Azorin, le encanta esta quietud de la ciudad, este sosiego de sus plazas y de sus calles, este silencio de la casona en que vive. Pero a él siempre le veremos pasar deprisa -por esos portales, por estos jardines: El Carmen, San José y por esas callejas en donde, acaso, en una ventana, un señor, ya viejo, se entretiene en leer un periódico de fecha atrasada y en un balcón, una muchacha de bellos ojos verdes, esta bordando distraidamente...

"Pasamos esta noche, ya tarde, por una calle en cuesta -la de Cocheras- en donde el doctor Martínez Báez tiene su consultorio. Todas las casas están cerradas ya, sólo las manchas de la luz de las dos puertas del consultorio... En la franja del cielo, entre las casas, refulgen lípidamente las estrellas, estas estrellas que tanto nos hacen detener nuestros pasos aquí, en Morelia, sobre todo cuando al salir de una calleja nos encontramos con el espacio abierto de una antigua plazuela o de un atrio espacioso. Estrellas... Estará el doctor Martínez Báez leyendo

la plaquette de Valery? Entramos en el pequeño cuarto, el doctor Martínez está escribiendo, nos saluda afablemente; pero lo hemos encontrado consternado, ¡se marcha de Morelia! ¡va a tener que radicarse en la Ciudad de México! Hoy justamente, ha terminado los últimos arreglos de su viaje. Y hoy justamente, ha sentido -ha sentido como nunca- cuán fuertes son los lazos que lo unen con la romántica ciudad..."

Se preguntará por qué transcribo lo anterior, pudiéndole enviar una fotocopia, hasta es probable que usted ya lo conozca. La admiración y el respeto hacia el Dr. Martínez Báez, ahora que ha partido a rendirle tributo a la tierra, me han hecho reflexionar y recordar a tan ilustre hombre. La admiración que he sentido por la obra del doctor Martínez Báez me ha llevado a su hijo. ¿Por qué me dirijo a usted? Por la admiración que sé -al leer sus Memorias le profesaba a Martínez Báez y porque es usted admirado y respetado por quien esto mal escribe.

Ante la imposibilidad de hacerlo personalmente, queda de usted un seguro amigo y admirador: Biól. Luis Ortiz Arias.

Qué mejor homenaje que esas líneas espontáneas y sinceras de un joven biólogo de provincia que se conmueve al enterarse de la muerte de un gran michoacano y que conoce las múltiples y cálidas menciones que en mi libro Medio Siglo de Recuerdos de un Biólogo Mexicano hago de Manuel Martínez Báez. Siente deseos de que hablemos del desaparecido y como esta charla México-Uruapan es imposible, me escribe una misiva que lo retrata de cuerpo entero como un hombre de nobles sentimientos, al que seguramente Manuel habría estimado.

Como al principio dije, una amistad que duró cincuenta años, permite conocer bien a una persona, pero mucho más íntimamente cuando dentro de ese largo período figura uno en que por trece años fuimos compañeros de trabajo en el Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales, desde que se inauguró en enero de 1939, hasta diciembre de 1952 en que lo abandoné para formar el Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables, cuya dirección he ocupado desde entonces.

Martínez Báez fue el primer Director del establecimiento y me invitó a hacerme cargo del Laboratorio de Protozoología, primero que hubo en México de esa especialidad poco atendida en el país y en la que yo había obtenido un doctorado en el año 1933, en la Universidad de Columbia, New York, con el Dr. Gary N. Calkins, una de las primeras autoridades mundiales en el ramo.

El Dr. Martínez Báez, además de ocupar la Dirección del ISET era titular del Laboratorio de Anatomía Patológica, que estaba a unos cuantos pasos del mío. Durante esos trece años era costumbre de cada mañana, el que llegaba en segundo lugar, pasaba a saludar al colega madrugador para cambiar impresiones sobre temas ligados a nuestro trabajo o acerca de cualquier tema de actualidad.

El valor de su obra científica en parasitología y anatomía patológica me es perfectamente conocido por ser terrenos en que he incursionado, también su brillante desempeño en el campo de la salud pública, pues el tiempo en que tuvo mayor intervención en estos asuntos -ocupando los cargos de Oficial Mayor y luego Subsecretario del ramo fueron precisamente cuando yo laboraba en la Secretaría de Salubridad y Asistencia y pude seguirlos de cerca.

Pero el propósito de este trabajo no es presentar al Dr. Martínez Báez como hombre de ciencia, cosa que seguramente harán varios colegas y discípulos suyos que lo hayan seguido de cerca. Yo pretendo presentarlo como una persona excepcional en su conducta, que a su paso por la vida dejó imperecedero recuerdo en quienes tuvimos el privilegio de tratarlo de cerca.

No era una persona fácil de comprender, porque en él se mezclaban dos egos. Un hombre que caminó toda su vida por la recta senda de la integridad absoluta, de la que no se apartó nunca, censurando apasionada y a veces acremente a quienes lo hacían en su propio beneficio.

Mientras que la otra cara, era de infinita bondad, la de un hombre que se atormentaba por el dolor ajeno y hacía cuanto estaba en su mano para ayudar a sus semejantes.

Nacido en una época de importancia crucial, tenía apenas 16 años, en 1910 -parteaguas decisivo en la historia de México- que celebraba el primer Centenario del movimiento en que sacudimos el yugo español. Pero que a la vez iniciaba una nueva era, que aún vivimos y que originó el primer movimiento revolucionario con decidida fisonomía social, primero en el mundo, pues faltaban aun siete años para que Rusia sacudiera en 1917 el férreo yugo del zarismo.

Al ingresar en 1955 al Colegio Nacional, Martínez Báez dejó constancia de su filiación en el Discurso

Recepcional que dice: "Cuando me asomé a la juventud me deslumbró el incendio súbito de nuestra Revolución, cuyo fulgor alumbró áureas e hirientes verdades, y cuyas brasas incineraron viejos prejuicios, mentiras rancias y falsos valores" *

Habla después del Servicio Médico de los Pasantes que implantó el Dr. Gustavo Baz -uno de sus más íntimos amigos- dejando nueva constancia de su filiación, de la que nunca claudicó: "Hay que reconocer con beneplácito, la nobleza del impulso que lo creó y también pienso yo que algo tuvo que ver, para engendrarlo, el hecho de que su iniciador haya militado en las filas de Zapata, el más cercano al pueblo de nuestros caudillos revolucionarios". *

Nacido en la histórica Morelia, fue hijo del Dr. Manuel Martínez Solórzano, también de ideas liberales, que concurrió al Congreso Constituyente y estampó su firma en nuestra Carta Magna de 1917.

Apenas recibido, se incorpora como Mayor Médico Cirujano al Ejército Constitucionalista, concurriendo a varios hechos de armas. Funda y dirige el Hospital Militar de Morelia y vive intensamente la lucha de la Brigada Alfredo Elizondo. Por un corto periodo de tres años ejerce su profesión en Huetamo y ahí conoce la tradicional miseria de nuestros campesinos.

Posteriormente se traslada a la Ciudad de México donde fija su residencia definitiva, ingresando al Departamento de Salubridad creado por Don Venustiano, como Jefe de la Oficina de Educación Higiénica, lo que le enseña que las clases más humildes de las ciudades, aunque con otras características, sufren la misma miseria de los campesinos que había atendido, en la tierra caliente michoacana. Escribe entonces su primera obra: EL Libro de la Madre Mexicana, en que nuevamente enfoca problemas sociales, que aborda con valor, claridad y simpatía.

El resto de su vida lo dedicará a la salud pública, laborando en el Departamento de Salubridad -posteriormente secretaría- donde ocupó altos cargos: en el campo de la investigación Director fundador del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales y, en el de la administración Subsecretario del ramo.

*Martínez Báez, M., 1955. Discurso Pronunciado por el Dr. Mem. Col. Nal., 3: 135-147 (p. 137).

Una afortunada coincidencia hizo que cuando ingresó al Colegio Nacional, fuera Presidente en turno el Dr. Ignacio Chávez, quien estatutariamente debía presentarlo y, para contestar el discurso del nuevo miembro se designó al Dr. Ignacio González Guzmán, figuras señeras en el ambiente cultural de México -dentro y fuera de la medicina- y ambos íntimos amigos de Martínez Báez, con los cuales también le unió sincera amistad.

En sus intervenciones aportan valiosos juicios, que mutuamente se justificaban trazando un fiel retrato de Martínez Báez.

Chávez escribió: "Para ocupar la tribuna de este Colegio, el Dr. Martínez Báez lo reúne todo, la recta formación científica ganada en treinta años de trabajo en el Laboratorio de investigaciones, la visión realista de los problemas de México adquirida en treinta años de trabajar personalmente o también de dirigir las actividades sanitarias nacionales o internacionales... y por encima la cultura, la grande, la auténtica cultura que ha atesorado a lo largo de toda una vida consagrada a trabajar, a estudiar y a viajar a lo largo de todo el mundo, con ojos de avidez insaciable". p. 133-4*

A su vez González Guzmán, en su glosa al discurso inaugural de su amigo y colega manifiesta su perplejidad con respecto a cuál faceta de la vida de Martínez Báez "ocupa el primer plano en mi conciencia: el hombre cuajado de virtudes, o el sabio, el erudito, el poseedor de esa fina cultura tan aromada de las tierras de Francia" (p. 149). "La rectitud, esa valiosa cualidad que en nuestros días va haciéndose cada vez más rara, en Manuel ha llegado por su pureza a los límites del defecto, no es simplemente un hombre recto, es rectilíneo y con ello quiero decir que la trayectoria de su vida, el signo de su conducta y la dirección de sus actos, no es solamente unívoca y consistente, sino que no permite desvíos por fugaces y pasajeros que fuesen y por poco que ellos afectaran la esencia de su conducta. Cuando choca, sus ojos se iluminan con la cólera del justo y de sus labios brota la flagelación, cálida como la pasión, enérgica como su convicción, invariable como su destino. Y sin embargo, la bondad de su corazón parece reprocharle la severidad de la justicia y pasan a veces muchos días antes que de nuevo la placidez de la paz llene su conciencia" (p. 150) **

Después de esos claros juicios de esos dos grandes mexicanos -los dos Nachos que tanto estimé y admiré- no me queda nada que agregar, pues ellos lo hicieron, mejor que lo que yo hubiera podido.

Sin embargo, en aquellos lectores que no tuvieron oportunidad de tratar de cerca al Dr. Martínez Báez, quizá

surja la duda de sí en el calificativo que le doy en el título de "hombre ejemplar", o en los juicios que emiten Chávez y González Guzmán, no habrá alguna sobrevaloración nacida del profundo afecto que los tres confesamos sentir por el ilustre desaparecido.

* Chávez, I. , 1955. Palabras de salutación del Dr..... Mem. Col. Nal., 33: 133 - 134.

** González Guzmán, I. , 1955. Contestación del Dr. Mem. Col. Nal. 33: 149 - 157.

Todo es posible. Cuando se escribe un artículo científico la afirmación que el autor presenta va avalada por el relato de la observación o el experimento y así la sustentan. También cuando se presenta una valoración del carácter de un hombre, el relato concreto de alguna o algunas actitudes de la persona aludida puede ocupar el sitio que en la contribución científica llenan la observación y el experimento.

En el caso de Manuel Martínez Báez, el largo período de nuestra íntima amistad me permitió atesorar en mi memoria -que cuantos me conocen califican de excelente- innumerables anécdotas cada una de las cuales demuestra que cuando lo llamo "hombre ejemplar" no le hago ningún elogio, sino que le aplico el calificativo que se merece.

Termino pues con unas anécdotas que, personalmente me constan, para mostrar cual era el recto e inquebrantable carácter del Dr. Manuel Martínez Báez, que afloraba en todos sus actos.

MMB excepto su breve etapa de tres años en Huetamo, que seguramente no fue muy lucrativa, nunca ejerció su profesión y vivió siempre de sus salarios de maestro universitario o de servidor público, que como personalmente me consta no son fuente de enriquecimiento ni aún en sus altos niveles. Así, cuando decidió construir la casa de la calle de Atoyac en que falleció recurrió a un préstamo hipotecario, de la entonces Dirección de Pensiones y mensualmente pagaba personalmente los abonos en un banco cercano. Formaba en esas molestas colas propias de tales establecimientos -antes y después de la nacionalización- y tras el se colocó una dama conocida suya de buena situación económica, que le pregunto que hacía en la "cola", cuando escucho su franca respuesta asombrada exclamó "Doctor, cómo es posible que usted siendo Subsecretario de Salubridad compre una casa en abonos", la respuesta fue rápida y tajante "Señora yo soy un funcionario que vive de su sueldo y no un ladrón como usted me califica, y le ruego no me vuelva a dirigir la palabra". Y para no tener tan desagradable vecindad, se cambió a la cola vecina... aunque perdió varios lugares. Al día siguiente -pues antes de llegar a la Subsecretaría hacía una visita a su querido laboratorio del ISET- me refirió aún con tono colérico la ofensa recibida el día anterior.

En una ocasión un grupo de amigos médicos -que conocían la modestia de sus ingresos como "servidor" y no "saqueador" del Estado como tantos otros, le aconsejaron abrir en los bajos de su domicilio un Laboratorio de Anatomía Patológica, que podría atender por las tardes y tener apreciables ingresos.

Aceptó el consejo y pronto tuvo amplia clientela. Pocos meses después -¿o fueron solo semanas?- me platicó que había cerrado el Laboratorio, y cuando con extrañeza le pregunté si no era redituable, me contestó que no, que era un caso de conciencia, y lo ilustró con un ejemplo: "Llega un cliente con una biopsia de un tumor para que dictamine su naturaleza. El trabajo es fácil y no toma mucho tiempo. Si la muestra resulta cancerosa, qué ánimo voy a tener para cobrarle sólo para darle su sentencia de muerte?, y en caso contrario, si es benigno, le hice desembolsar un dinero que pudo ahorrarse. Y decididamente Don Enrique -a pesar de nuestra íntima amistad siempre me daba ese cariñoso tratamiento- yo no sirvo para esas cosas". Y siguió tranquilo y contento viviendo de sus modestos ingresos burocráticos.

Caminábamos una tarde por la calle de Madero, cuando vio en un escaparate una corbata que le agradó, y que no tenía marcado el precio; entramos, pidió verla y mientras la examinaba el vendedor ponderaba la calidad del artículo, y cuando le preguntó el precio, le contestó con un amable tono que dejaba ver el gran aprecio que le merecía el cliente "Esta excelente corbata cuesta X pero por tratarse de usted le rebajaré un 25 %". No había terminado cuando MMB había arrojado la pieza al mostrador y en voz fuerte y alterada que hizo volver la cabeza a otros clientes le dijo "Yo no compro a comerciantes falluqueros; usted no me conoce y no tiene por que hacerme una rebaja no solicitada. Ese 25 % que me reduce es el sobrepeso injustificado que carga a la mercancía". Salimos y mientras caminaba al paso veloz que le marcaba su indignación, hablaba del daño moral que causaba ese género de comerciantes.

Cuando en el año de 1947 era Embajador de México ante la UNESCO - entonces en su primer alojamiento en Londres- fui a Inglaterra invitado por el British Council para dar un ciclo de conferencias en varias universidades. Naturalmente mi primera visita fue para el querido compatriota, y durante mi estancia en la nebulosa metrópoli casi

todos los días comíamos o cenábamos juntos. Acababa de terminar la guerra y procuraba llevarme a los mejores sitios. Una noche llegó un poco retrasado al lugar de la reunión -un restaurante francés de lo mejor dadas las circunstancias- y desde luego le noté algo raro. Se sentó, ordenó le sirvieran el mismo trago mío, y después de dos generosos sorbos me dijo: "Vengo indignado. Cuando llegué a la UNESCO me llevaron el libro de actas para firma, y como tenía poco trabajo me dio curiosidad revisar las listas de asistencia, y vi que fulano - representante de uno de los países más miserables - sólo ha asistido a dos de las diecinueve últimas juntas. Se imagina usted que pueda haber bribones de esa índole que roben así a nuestros países!". Y después de dar el último trago agregó "Perdóneme que no lo acompañe comiendo, pero ese canalla me ha quitado el apetito"... y tuve que utilizar todo mi poder de convencimiento para que aceptara unas chuletas de carnero y unas crepes Suzzete, especialidad de la casa.

Después de la Primera Guerra, allá por el año de 1925 vino al país un biólogo alemán, el Dr. Alfonso Dampf, excelente entomólogo que no tardó en encontrar acomodo en México donde radicó hasta su muerte.

Tanto MMB como yo cultivábamos cordiales relaciones con él, aunque su filiación claramente reaccionaria tipo junker, no casaba con la nuestra. Recibió con gozo el surgimiento del nazismo del que se volvió caluroso propagandista sin que ello le creara problemas. Pero cuando la tensión entre México y la Alemania Nazi se agravó la situación cambió. Y separadamente Martínez Báez y yo le aconsejábamos ser más prudente para no crearse problemas. Nuestros consejos cayeron en el vacío, y cuando México declaró la guerra a Alemania llegó un momento en que su nazismo motivó el cese en el Instituto Politécnico. Nos fue a ver para pedirnos que diéramos fe ante varios funcionarios de alto nivel con quienes teníamos amistad de que Dampf nunca había tenido filiación nazi. A mí específicamente me pidió que en mi carácter de Secretario Perpetuo de la Sociedad Mexicana de Historia Natural -de la que había sido Vicepresidente- le extendiera una constancia de la corporación haciendo notar que nunca había sido de filiación nazi. Cortésmente le indiqué que no podía extender ese falso certificado, y que recordara que sus amigos más de una vez le aconsejamos cambiar de actitud, lo que siempre rehusaba altivamente, y que tenía que sufrir las consecuencias. Y no volví a pensar en el asunto.

Con Martínez Báez, a quien también pidió apoyo, la cosa fue distinta pues después de darle la misma respuesta, lo increpó indignado por su filiación nazi y por su cobardía de no sostener su posición, cosa indigna de un científico. Esta era la cara de MMB como "justiciero" a la que aludía González Guzmán. Pero pocos días después esa faz acusadora se había borrado; había aparecido la cara bondadosa y varias veces me platicó cuánto le preocupaba la situación económica de Dampf, y como lo angustiaba.

Para cerrar con broche de oro este ramo de anécdotas, terminaré con una -que ya di a luz en una entrevista periodística- en la que se enfrentan dos grandes mexicanos, Manuel Martínez Báez y José Vasconcelos, o mejor dicho "un gran mexicano" cuyo nombre no rebasa el círculo académico, y un "muy conocido y sobrevalorado mexicano" al que se ha llegado a llamar "Maestro de América".

Vasconcelos fue largo tiempo defensor de la cultura hispana, y enemigo de la anglosajona, calificando rudamente a los Estados Unidos. Después de períodos en que es difícil seguirlo con precisión, pues sus veleidades son bien conocidas, volcó su admiración hacia Hitler y publicó un pasquín de nombre "Timón" pagado por los nazis y furiosamente antiyanki. Pero el tiempo pasa y de sabios (?) es cambiar de opinión.

Hace algunos años, desde luego bastante después del derrumbe nazi, concurríamos mi esposa y yo a una recepción del 4 de julio en la Embajada Americana, cuando llegó Martínez Báez y su señora, y ya no nos separamos. Apareció después Vasconcelos -no recuerdo si solo o con su cónyuge- y se incorporo, pues aunque conmigo solo intercambiaba saludos de cortesía cuando por azar nos encontrábamos, con MMB sí llevaba mayor relación pues ambos eran miembros del Colegio Nacional.

Llegó la hora de pasar al comedor y un empleado indicó la puerta de acceso al mismo, invitando a la concurrencia a ir en esa dirección. Comenzamos a caminar cuando Vasconcelos tomó del brazo a Martínez Báez y con orgulloso tono confidencial le dijo "No Doctor, no vaya en esa dirección, la mesa mejor puesta está en esta otra... y se lo digo yo que soy de casa". El aludido, con un rudo movimiento, retiró su brazo y le dijo: "gracias Licenciado, será su casa pero no la mía, porque mi casa no puede ser ninguna embajada extranjera", y en voz alta que escuchó el "Maestro de América" me dijo "vivir para ver y para oír, Don Enrique". y seguimos al comedor de los que no pertenecían a la "casa". Así fue Manuel Martínez Báez, Un HOMBRE EJEMPLAR.

Hace mas de tres décadas tengo una deuda de gratitud con el Dr. Manuel Martínez Báez que no había podido pagar, y que apenas con este artículo en mínima parte correspondo, dejando en estas páginas constancia de la alta estimación y sincero afecto que siempre me mereció.

La deuda se origina en una carta que me dirigió el 13 de diciembre de 1953, en contestación de la que tres días antes le había enviado comunicándole mi decisión de renunciar al puesto que desde la fundación del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales en 1939 venía desempeñando, para ocupar la dirección del Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables, que acababa de fundar. En ella después de decirme que dicha misiva "no fue sorpresa" hace un balance de mi labor en el Instituto que por venir de quien venía me llenó de orgullo, y remachó nuestra amistad, que hoy interrumpe un inevitable fenómeno biológico, que dice así: "Pero de todos modos sí ha sido una pena, de cuya sinceridad no necesito hablarle, pues ya sabe que fue usted la única persona, de entre los investigadores que vinieron originalmente al Instituto que yo propuse por mí mismo. Al correr los años puedo decir que tengo la satisfacción, un tanto vanidosa pero genuina, de comprobar que acerté con mi idea. Con usted hemos tenido aquí en el Instituto, no solamente un investigador a la altura del que más alto haya estado, sino que, además, como yo lo había esperado, usted fue para nosotros un guía y un consultor de la más alta eficiencia. A sus conocimientos específicos en Protozoología une usted los mas generales, y unos y otros cuentan con su experiencia y su curiosidad en la aplicación de las técnicas y de los métodos de la rigurosa investigación científica. Sus conocimientos como maestro de la alta calidad y su conocimiento de la realidad mexicana, así como sus ideas en lo que a cuestiones sociales se refiere también fueron puestas a contribución mas de una vez. Bien sabe usted que aquí todos reconocimos su valor y estimábamos en mucho sus opiniones".

Cuando estos conceptos los expresa un HOMBRE EJEMPLAR, llenan de orgullo, se atesoran y afirman de por vida la amistad de quien los recibe, el sentido de honda gratitud a su memoria. En este artículo he querido dejar constancia de los hondos motivos que me llevaron a escribirlo.